



UN BOHEMIO

(Á MI BUEN AMIGO SANMARTÍN Y AGUIRRE)

*O ma jeunesse, c'est vous
qu'on enterre!*

H. MURGER

I

De cómo se formó aquel carácter, él no podía darse cuenta exacta. Poco á poco, á traición, cautelosamente, se había mostrado en él, le había vencido. La edad pudo mucho; tal vez las melancolías inherentes á ella y el afán de gloria, que le consumía hasta el punto de engendrar el desaliento con frecuencia; quizá las lecturas tuvieron no poca culpa en el asunto.... Pero el hecho era que Martín....

Martín había llegado á la capital á los quince años, con la mente llena de ilusiones y la voluntad de buenos propósitos. Le habían enviado á estudiar una carrera; la estudiaría.

Él era campo fácil á todo cultivo, por lo virgen. Apenas si allí habían arraigado esas nociones primerizas que se dan en los institutos torciendo las inteligencias. Por lo demás, mucha intuición, comprensión rápida y fácil de las cosas, pero todo al natural.

Por eso prendieron tan fácilmente las ansias filosóficas en aquel ánimo joven, y con ellas el ardimiento de sectario, el amor á la controversia, el deseo de la lucha dialéctica siempre pronta á llevarse un trozo de la piel del contrario. Aquella primera época de Martín fué de entusiasmo, de pasión, de ceguedad propagandista. Rebosó del corazón el fanatismo con la entereza del apasionamiento, y salió á la boca en frases arrebatadas, enérgicas, la bella frase de la juventud, verbosa, contundente, espontánea, mezcla de retales parlamentarios y riñas de escuela, todo amasado con una fe grande, bastante á oscurecer la ignorancia que se mostraba, como un vacío, el fondo de tanto discurso; vacío que apenas si llenaba la pedantería de buena fe, tan inherente á esas imaginaciones meridionales, ricas en facundia.

Entonces conocí yo á Martín. Era un muchacho alto, espigado, de formas varoniles, muy elegantes, pero delgado, pálido, con los ojos

un poco ribeteados de esa mancha oscura de los insomnios. En el fondo de su mirada había algo brillante, una luz viva que pugnaba por salir afuera y mostrarse en todo su esplendor. A veces, los ojos se abrían desmesuradamente y parecían mirar con aire de desafío; pero en seguida venía la sonrisa, la eterna sonrisa que fué por mucho tiempo nota distintiva de Martín y que lo borraba todo con su dulzura. Desde el primer momento me fué simpático aquel mozo. Le ví andar los claustros de la universidad siempre hablando, discutiendo y casi siempre haciendo el examen de un libro nuevo. Por allí se decía que era Martín muy trabajador y muy activo, y hube de convencerme de ello. No sé cómo, al fin, nos encontramos un día, y desde entonces fuimos amigos, de tal modo que yo le preferí á muchos de mis compañeros, aquellos que comenzaron conmigo los estudios y habían de terminarlos conmigo aquel año mismo. Martín, por su parte, se aficionó de tal modo á mí, que no sabía ir con otro alguno. Conseguimos que nos llamasen los *inseparables*.

Lo dijeron con razón, porque una vez penetrado el carácter de aquel niño que empezaba á ser hombre, había que quererlo. El era sobrado franco, dejaba transparentar todo

lo que sentía; y pude observar que el fondo de aquel carácter era *estético* puro, que todos sus entusiasmos iban hacia el lado, no el más verdadero, sino el más bello de las cosas, ó el que á él se le antojaba más bello, por una tendencia de su temperamento meridional que le inclinaba á lo deslumbrador, lo fuerte, lo enérgico, lleno de luz y calor y vibración. Esa tendencia fué la que destruyó todo el porvenir, toda la impulsión de actividad de Martín que, bien dirigida, hubiera producido grandes resultados. De ella procedía aquel como instinto romántico que guiaba todos sus actos, aquel amor á lo triste, aquellas melancolías que él mismo se buscaba, y aquellos entusiasmos que le enardecían.

Por algún tiempo, este mismo estado de entusiasmo mantuvo enérgica su voluntad. Trabajaba con ardor, sin descanso, agujoneado, más que detenido, por los desengaños con que tropezaba. Pero lentamente aquel carácter iba volviendo por su pureza. En el primer año, Martín fué muy político y un tanto filósofo. En el año segundo le ví periodista. Aquel año trabajó mucho, y empezó á disgustarse de la prosa de sus estudios.

—No puedo con ellos,—me decía.—Ese formularismo del derecho me mata.

Por lo demás, estudiaba como ninguno de nosotros. En todo el día apenas si se dispensaba una hora ú hora y media de descanso, que me dedicaba, tanto en el año en que yo fuí estudiante, como luego, al encontrarme hecho un letrado con bufete abierto.

En el tercer año de sus estudios, cambió de vida.

Ya no discutía en los claustros ni figuraba en redacción alguna, pasado el entusiasmo, propio de juvenes, de verse halagado por la publicidad. ¡Oh! Aquello de ser periodista á los diez y seis años era demasiado.

Se reconcentró su carácter y mudó de conducta. Salta poco de casa. Muchas veces se me ocurrió ir por él y negarse á dejar sus libros: otras, en cuanto me veía respiraba satisfecho, se colgaba de mi brazo y me llevaba de calle en calle hasta las afueras, el campo, el campo verde y lozano que á él le entusiasmaba mucho.

En estos paseos comenzaba por hablarme de sus lecturas: era una rociada de nombres de autores, títulos de libros, argumentos, planes, consideraciones y teorías. Tenía especial aptitud para calificar las obras, y sus comentarios eran brillantes, deslumbradores, á veces cubriendo un pensamiento original. Pero

en el fondo de todo aquello notábase algo de cansancio, como si faltase á Martín un elemento esencial de vida, cuya falta procuraba cubrir con arrebatos de elocuencia más bella de forma que profunda de fondo.

Sabía muchas cosas raras que muy contados á su edad conocían: en cambio, de la vida práctica, ¡cuán poco se le alcanzaba! Caía á lo mejor en errores que me asustaban.

Al fin, tanta hermosa idealidad iba á dar en un romanticismo, si templado por cierto dejo razonable, muy vivamente sentido y expresado sin pedantería.

Hablaba de amores, de unos amores que él se fingía y á los que adornaba con todas las galas que una imaginación poética y joven presta para tales casos. Sabiendo que todo aquello era mentira, pura creación suya, había momentos en que parecía verdad. Martín hasta llegaba á creer y convencerse de su mentira, y gozaba en ella á falta de otra cosa.

Yo solía decirle:

—Pero, hombre, busca novia y tendrás todo eso que sueñas.

Y él, mirándome con algo de burla, pero muy convencido de la certeza de su afirmación, contestaba:

—¿Novia? No puede ser. No me entienden.

Y además, tengo mala suerte, chico, muy mala... Figúrate que una vez....

Y allá iba una historia de amores larguísima, rebosando detalles que á la legua se conocían por añadidos, pero que Martín no sabía desprender de su relación. Dejándose llevar de aquel fantaseo, mezclaba peripecias, delineaba caracteres, desentrañaba intenciones, hacía retratos, bosquejaba paisajes, muy minucioso todo, perfectamente dicho, con calor, pero con frase llana, sin rimbombancias ni adjetivos cursis de periódico chirle. A la postre, concluía por sonreír él mismo y hacer el resumen en esta frase, que le coloreaba el rostro:

—En fin, que me dió unas solemnes calambazas.

Durante este período, apenas figuró en los actos públicos de los estudiantes, ni en sociedades, ni en periódicos; y eso que ya le buscaban sus compañeros. Tenía una preocupación: «¡Que no hablaba bien! No señor. ¡Que no sabía hablar!» En cambio, avanzó prodigiosamente en sus conocimientos: con mayor práctica y más tacto, escogía ya las lecturas, y noté que en pocos días sus ideas daban un salto enorme, abriéndose nuevos horizontes y desflorando hermosos campos de investiga-

ción. Los estudios filosóficos había ido dejándolos á un lado: solo acudía á ellos rara vez. Su actividad se inclinó del lado que le era natural: se fué al arte, á la literatura.

Por aquellos días hizo Martín nueva amistad con un muchacho madrileño muy entendido en eso de literatura y lector asiduo de revistas y de novelas. Martín había leído, en punto á novelas, todo el repertorio romántico, de folletín y *por entregas*. Las pullas y desprecios del nuevo amigo, naturalista fanático—«porque, desengáñese V., novelas como las naturalistas, no hay otras»—picaron á Martín, que se propuso saber de aquel género, nuevo para él, y de aquellas teorías que el otro le trasladaba á grandes rasgos, con tonillo de maestro y con más suma de nombres que de razones.

Hecha ya la resolución, en dos meses se puso Martín en condiciones para estudiar á fondo las cuestiones estéticas y algo de historia de la literatura: parecía mentira aquel poder de asimilación que tenía el mozo para considerarse como en su casa apenas traspasaba los umbrales de un sitio desconocido antes para él. Sabía generalizar muy bien, y eso le daba gran precio en sus estudios. En fin, que le ví en camino de hacerse *concienzuda-*

mente un literato. Por lo pronto, aquellos entusiasmos se dirigieron rectamente á encender en él un amor vago, pero fuerte, á la belleza, «la belleza toda, eterna, de todas las cosas; lo bello general, en una palabra», que decía él. Estuvo á dos dedos de un panteísmo artístico.

Como era buen colorista en esto del lenguaje, eran de oír las descripciones de la naturaleza que hacía en cuanto salíamos á la huerta, fijándose en unos detalles que parecía imposible detuviesen su atención, encontrando relaciones y golpes de efecto en cosas al parecer insignificantes, y dorándolo todo con su palabra de fuego, brillante, que fijaba los cuadros y parecía tener toda la luz de aquel cielo limpio y aquel sol rojo del mediodía.

Terminaban estos arrebatos cayendo Martín en un silencio triste, obligado por el dolor de cabeza que le atenaceaba, y quizás, quizás, por algún pensamiento doloroso que le producía aquella excitación.

En este estado, cuando volvíamos á la ciudad callados, como saboreando todo lo hablado, solía él murmurar cosas que yo no entendía muy bien, pero que él mismo me explicaba en los últimos momentos, al despedirnos en la entrada del puente Mayor según teníamos por costumbre.

Allí nos deteníamos un momento gozando del paisaje que se nos ofrecía á los ojos. Martín solía hacerme fijar en él. Iba notando la sucesión de los puentes tendidos sobre el río, cuya agua corría silenciosa, bordeando los planteles de álamos y reflejando la última luz anaranjada del sol, que llegaba muy oblicua, filtrándose entre el ramaje de los árboles; luego la huerta, verde, hermosa, coronada por las torrecillas de las alquerías; y en el fondo de todo, la masa gris de la ciudad con sus campanarios, altos, esbeltos, destacándose sobre el arrebol del crepúsculo, y la cúpula de un palacio cuyas tejas doradas y azules brillaban vivamente.

Después de hablar de todo aquello, Martín decía, estrechándome la mano y embozando su pensamiento en una frase de broma:

—¡Qué bonito sería esto con una chica al lado! ¿Eh?

¡Ya lo creo! Los entusiasmos de Martín siempre tenían el mismo final.

II

De pronto, varió Martín. En cierta época de la vida, la continuidad y multiplicidad de emociones nuevas producen cambios bruscos.

Los jóvenes, á cada paso, según van adquiriendo conocimiento de la realidad, rica y hermosa en su plenitud que nadie llega á poseer, ven de muy distinto modo y con aspecto diferente ese mundo que aún no pueden apreciar en su totalidad, y que admiran en detalle con toda la pasión y exclusivismo de la parcialidad de miras.

Martín, indudablemente, tuvo por entonces alguna de esas adivinaciones súbitas, ó quizás fué un capricho de los que mueven á su antojo las voluntades tiernas. Ello es que abandonó su vida á lo Juan Jacobo y se dió al mundo. Por supuesto, con reserva, muy poco á poco; pero de todos modos, señalando un gran triunfo para lo que de él era de sospechar.

Apareció de improviso á los comienzos de un otoño que había de ser para él de imperecedero recuerdo. Llegó alto, robusto, fuerte, atezado el rostro por el choque rudo y sano de los aires de la montaña. Había pasado el verano en la parte alta de la provincia, y el trato íntimo con la naturaleza franca, no la mistificada de las ciudades, había despertado en él toda la parte física que aparecía como ahogada por el desarrollo casi patológico de las energías intelectuales.

Fué cosa de júbilo entre los compañeros.

Martín acudió á los cafés, á las reuniones, allí donde había juventud, calor, vida, locura de vida, embriaguez de primavera y vientos de salud. Vistió, por primera vez, irreprochablemente á la moda, con cierta presunción que se notaba á la legua, pero sin llevar mal los trajes. El lado bromista, decidor, crítico y hasta satírico de su inteligencia, se desenvolvió ricamente. *El ilustre senado* de estudiantes que tenía su centro en el café de Santa Catalina, aplaudió aquella inesperada adquisición de un miembro más, que ponía al servicio de la santa causa de la juventud todas sus fuerzas. Llegó á plantar bandera de jefe. Aquella amabilidad proverbial suya, aquella sonrisita, el buen conocimiento de las formas sociales que se apropió en seguida, su palabra ligera, elegante, dulzona y un si es no es amiga de discreteos á la usanza de nuestro pueblo del siglo de oro, le conquistaron plaza de *leader* (eso es, *leader*, que decía él) en aquellas reuniones que el mismo Martín asimiló, en su afán de dar tono poético á todo, con el *cénacle* bohemio de que habla Murger.

Teodoro Rafael, un mediquillo *in partibus* que representaba en el ilustre senado la parte escéptica y predicadora, dijo á este propósito:

—Es un *leader*, sí, pero teórico.

La frase hizo efecto, y desde entonces á ninguno quedó duda de que Martín era un joven ... teórico. Es decir, que hablaba mucho, y lo que es en palabra parecía capaz de muchas cosas. «*En el terreno de la práctica*, —que decía Rico Muñoz, un legista de tercer curso,—en el terreno de la práctica, aun no se atrevía Martín.»

—Igualito que Castelar,—apuntó Teodoro. —Desengañaos: igualito que el gran tribuno.

Rico Muñoz, castelarista furibundo, salió á la defensa, y hubo discusión para cuatro días. Pero al fin, quedó por axiomático en los círculos estudiantiles que Martín era joven teórico. Y lo que es al médico no había quien le apease de que Martín era «un Castelar del placer, un teórico, vamos.»

Y hubo quien repitió la frase muy convencido de ella.

En verdad, el *leader* aquel sería todo lo que al mediquillo se le antojase, pero de fijo se hizo imprescindible en el ilustre senado. Pocos, entre los muchos de aquella juventud dorada, chispeando entusiasmo y verbosidad, tenían la potencia imaginativa que él, ni la fuerza poética de su palabra. Ni aun en el

consejillo del senado, formado de sólo ocho miembros, los más distinguidos y respetados como un poder ejecutivo, ni aun entre ellos (¡y mire V. que no eran ranas!) había uno que le pusiese el pie delante á Martín en cuanto se tocaba á idealizar de la vida, á forjar alegrías con recuerdos y esperanzas, á ver el lado poético de las cosas. Había leído más que ninguno en punto á literatura amena, y podía traer á colación infinitos nombres y citas de escenas ó capítulos que afirmaban sus opiniones; y en seguida, enlazaba tan diestramente la realidad del caso discutido con la fantasía que él recordaba, que ya no era posible saber si los hombres de que hablaba eran copia de la novela, ó la novela había salido de los hombres. Lo único porque demostró menor afición fué el verso.

«No, no es que no le gustase. Versos buenos.... gloria. Pero ¡había tantos malos! Además, él tenía mala memoria para eso.»

Lo cual daba motivo para que uno del *consejillo* (Arias, chico muy serio, á primera vista) recitase algunos trozos de Hugo y Lamartine, lamentándose, al propio tiempo, de su pícara memoria, que se hacía borrosa.

«Martín será olvidadizo,—exclamaba á cada momento;—pero lo que es él, hombre, ¡si él

llegó á saber de memoria un tomo de poesías de doscientas y pico de páginas!»

Y se preocupaba el bueno de Arias de aquella falta, y repetía entre dientes los versos, á ver si se le había olvidado alguna palabra más.

A Rico Muñoz le daba el naípe por otro punto: era siempre aquello de *el terreno de la práctica*; pero él sabía sacarle partido de cierto modo. Su prurito era saber de los amores de Martín.

—Porque tú debes tener amores, Martín. Eres el mismísimo Goethe en persona, movable é inquieto. (Rico Muñoz no había leído á Goethe. Este dato era importado de la erudición enciclopédica de Teodoro.)

Rico le preguntó una vez:

—Y ese Goethe, ¿de dónde le conoces tú?

Y Teodoro, afilándose el bigote, dijo con cierto desprecio:

—¡Ah, Goethe! Fué un médico (Teodoro no estaba seguro de si fué médico, pero no era cosa de confesarlo), un médico que descubrió un hueso de la cara. Figúrate tú, y hacía versos.... Muy enamorado, atrocemente enamorado.

—Bueno: como Martín,—observaba Rico Muñoz.—Martín hace también versos.... en pro-

sa. Pero nos hace falta un nombre.... A ver, Martín: el nombre, el nombre de tu actual dueña y señora.

Y Martín se enfadaba con las impertinencias de Rico.

—No hay nada, decía.

—*Nequaquam*,—murmuraba Teodoro.—Tú tienes algo. Digo, tú tienes siempre algo. ¿Cuántas novias has tenido desde que nos conocemos?

—Ninguna.

—Puede,—observó maliciosamente el medi-quillo.—Pero á lo menos en pretensión te conozco una infinidad.

—¡Psh!

Y Martín llevaba la conversación á otro punto. Luego descargaba todo su disgusto en el seno de mi amistad, quejándose de aquellos aturdidos que le mareaban á puro impertinentes. El resultado era caer en uno de aquellos *cantos en prosa* que á Martín le sugería especialmente la vista del campo, ó simplemente las bellezas naturales, el sol, el río, las nubes, y aun algunas bellezas humanas, como verbigracia, una cara bonita ó un talle elegante.

A este propósito, se sublimaba Martín y prorrumpía en frases apasionadas, calientes,

que tan pronto tenían el azul de cielo del amor de Isolda como el rojo mefistofélico del de Fausto. ¡Qué memoria la de aquel chico! Y se quejaba de ella. Y ¡qué facilidad para traer á colación todo lo que se relacionaba con aquel punto! Allí salían todos los amores que el arte ha hecho célebres, con la particularidad de que Martín huía de las citas clásicas. Nunca le oí hablar de *Isabel* y *Marsilla* ni de *Eloisa*. A *Victoria Colonna* solía citarla. Pero, sobre todo, á las grandes figuras del arte contemporáneo. *Laura*... no había que hablar de *Laura*, ni aun le placía mucho la *Elisa* de Lamartine. En cambio *Cosette* salía á menudo, y *Regina*, la de los *Burgraves*, un poco también. *Mimi*, *Mussete* y *Francine*, de Murguer; *Mignon*, de Goethe; y como especialidad, *Marta*, la de Palacio Valdés, eran las preferidas. «Porque él amaba eso: la *mujer de su casa*, alegre, amante, pero sin idealismos bobos.»

Y con este motivo, poniendo frente á frente de su alma la hermosa fila de aquellas mujeres soñadas del poeta, Martín, á su vez, se identificaba con cada uno de los personajes masculinos correspondientes de ellas. Pasaba del objeto al sujeto. Y con el sujeto se desbordaba su entusiasmo, su afán de amor, pero

tan perfectamente dicho y sentido, que yo llegué á sospechar si realmente Martín estaría enamorado de algo más que del amor mismo, y sobre todo sospeché que se sentía querido. El modo como se expresaba, no inducía á otra cosa. Pero no pude arrancarle nombre alguno, por entonces.

Solia hablar indeterminadamente de *una mujer*; y dando por concluido que gozaba con ella del amor, empezaba la pintura de cuadros los más hermosos que pueden caber en fantasía de joven, dorados todos por la luz tibia de la felicidad del cariño. La tendencia idealista de Martín asomaba la oreja de un modo alarmante. Martín era *Schaunard* unas veces, *Rodolfo* otras, *Octavio* el de Valdés muy á menudo.

«¡Oh, lo que es Octavio! Se sentía él capaz de hacer muchas de las extravagancias de aquel muchacho.»

Y Martín se crecía, se crecía poderosamente, bien seguro en aquel terreno, figurándose ser la encarnación magnífica de todos los *héroes* de novela que traía siempre entre manos.

Un día tuvo la imprudencia de ser más explícito que de ordinario en el *consejillo*. Habló de todo lo que á mí solo decía, y juró y

perjuró que él era feliz y que sabía querer por veinte.

En seguida tomó la palabra el médico.

—¡Atención, señores!—gritó.—Hé aquí que el mismo Martín viene á confirmar nuestras sospechas de todos los días. ¿No decía yo que era Castelar? (Asentimiento de la mayoría.) Sí, señor, un panteista en materia de amor. ¿Qué sacais en limpio de ese discurso que acaba de improvisar? Pues que Martín se ha enamorado de una idea, de una ilusión que se ha forjado; en suma, de la mujer indeterminada, del eterno femenino, como si dijéramos.

—Eso es, del *eterno femenino*,—interrumpió Rico Muñoz, que estaba en la mesa de al lado leyendo el final de *Pot-Bouille*.

—Ruego á su señoría que no interrumpa,—dijo con seriedad cómica Teodoro.—Y si no, á ver,—añadió riendo,—que nos explique *su señoría* eso del *eterno femenino*. ¿Qué es eso del *eterno femenino*?

Rico Muñoz se puso muy colorado y fingió no oír. En verdad que no sabía él de esas monsergas.

—¿Qué es eso?—repitió el mediquillo.

—¡Ah! Pues *Pot-Bouille*,—dijo Rico enseñando el libro.

La salida cayó en gracia y no se molestó más á Rico. Teodoro reanudó su discurso:

—Pues decía que Martín está enamorado, no de una mujer, de una Fulanita de Tal, sino de la mujer, de todas las mujeres...

—¡Ave María!—murmuró Arias.

—De todas las mujeres, cuyas perfecciones parciales han reunido en un tipo ideal. De lo cual vengo en consecuencia: Primero: de que Martín es un poeta, un idealista, un soñador, un filósofo, vamos. (Teodoro llamaba soñadores á los filósofos).

—Un bohemio,—apuntó Rico sin dejar su lectura.

—Bueno, un bohemio: es lo mismo. Segunda consecuencia: que encastillado en su idealismo, es incapaz de querer como se quiere en la tierra, de un modo positivo! y añado que en su vida ha tenido amores ni los tendrá, aunque le oigáis hablar con entusiasmo de ésta ó la otra. Tercera: que á pesar de todo esto, y aun por esto mismo, *en el terreno de la práctica* engañarán á Martín como á un chino; y le pronostico desde este señalado sitio, que se ha de casar con una cursi: sí, señores, con una burguesa, pero cursi. He dicho.

Martín, aunque acostumbrado á estos razo-

namientos de Teodoro, se picó un tanto. Protestó con todas sus fuerzas contra la inexactitud de aquellas consecuencias, y hasta dijo que estaba enamorado y que esta vez era de la mujer de sus sueños y de un modo irrevocable.

Todo inútil. El consejillo falló que las consecuencias de Teodoro debían ser tenidas por buenas, y, por lo tanto, condenaba á Martín á *estudios forzados* durante toda su vida, á ver si salía de él lo que todos esperaban: un hermoso ejemplar de oratoria, pero.... idealista. ¿Eh?

Martín casi riñó con los *ilustres consejeros* Y aquella misma noche me dijo al despedirnos, y bajando mucho la voz:

—A mí me sucede como al pastor de la fábula: una vez que viene el lobo de veras, no lo quieren creer. A bien que siempre vino, ó á lo menos, me pareció á mí que venía; de modo que no mentí: fué error *invencible*.

III

Sí que era cierto. Martín tenía ya su *Cosette*. Era en la calle de Américo Vespucio, el *boulevard* Vespucio que decía Teodoro, en el suburbio. La casa formaba esquina, destacando

el enlucido azulado de su fachada y la mole de sus cuatro pisos con entresuelo, de las construcciones de al lado, pequeñas y viejas, últimos restos de la calle antigua. En el entresuelo estaba *Cosette*.

Martín la conoció en el otoño de aquel año por una casualidad, en cierta reunión, la única á que él por entonces acudía. La primera impresión fué favorabilísima. Esperanza (se llamaba Esperanza) era alta, de formas muy elegantes y finas, blanca, sonrosada la cara, de facciones muy correctas aunque aniñadas aún; los ojos negros, hermosos, de mirada profunda pero inocente; el cabello negro y descuidadamente rizado por delante; la boca, pequeñísima, era de labios rojos, muy rojos, los más rojos que Martín había visto, y fruncidos con un gesto serio, de pocos amigos casi siempre. Cuando reían, cambiaba todo ese aspecto de mal humor que daba á una niña la representación de una mujer pensadora y desengañada tal vez; y esto hacía que muchos, equivocados respecto de su carácter, no la importunasen con sus galanterías sosas. Pero Martín, en cuanto la vió, se fué derecho á ella. Presintió que el secreto de aquel carácter era la sonrisa: quien pudiera hacer brotar de aquellos labios la risa de alegría, tenía la llave de aquel co-

razón apenas abierto á los efluvios de la vida y de la juventud.

¡Pero, señor, si era una niña! Era preciso andarse con pausa y muy discretamente ganar terreno poco á poco. Martín, tan rápido en formar resoluciones en este punto y planes de esta especie, se afirmó en aquél y lo puso en obra.

Y ¿cómo se hizo? Ni él lo sabía. Poco á poco, sin advertirse de ello, se encontraron unidos de modo tal que bastó una palabra para entenderse. La niña ponía en él su primer amor. Martín gozaba por primera vez de la dicha de ser querido. Cuando se advirtió de ello, estaba hecho: se le apareció de repente y lo deslumbró con sus luces hermosas, las luces de la felicidad, que en la primavera de la vida son más brillantes, más llenas de color y de ilusión.

Y se entregó por completo á aquella existencia nueva para los dos, en que todo era vislumbres rápidos de algo hermoso é imprevisto, intuiciones de goces no soñados, aspectos repentinos del mundo que se les aparecía de otro modo que hasta entonces, dejándoles aturridos al saborear impresiones nunca sentidas, pero dominados por ellas, deslumbrados, sin comprenderlas.

El secreto de que se rodearon fué un aperitivo más para la ilusión. ¡Oh, no! Esperanza temblaba, temblaba de miedo cada vez que él, con una imprudencia de esas que se escapan á los caracteres vehementes, dejaba entrever algo delante de los demás. «¡No, por Dios!... Su madre se enfadaría; vaya, que se enfadaría.»

Martín solía replicarle:

—Pero, tontina, si lo ha de saber al fin.

—Bueno: pues cuando sea hora.... Déjalo estar: no hay prisa.

La verdad es que, así de pronto, la figura de Doña Carlota infundía respeto y hasta miedo. Era una señora muy formal.

Cuando Martín logró, á fuerza de diplomacia y auxiliado de las circunstancias, que le ofreciera la casa, creyó haber hecho mucho. Alguien en la reunión se lo dijo.

—¡Pues si esa señora apenas recibe á nadie! Toda su vida ha sido lo mismo, y desde que quedó viuda, más aún. Créame usted, ha puesto una pica en Flandes.

Martín se envaneció un poco.

—¡Diantre! Puede que sí,—dijo.

Ya en casa, fué mudando el concepto que le merecía D.^a Carlota. No era tan seria como pudiera creerse. ¡Ca! Decidora, bromista, con

mucha gracia en los discreteos y en las bromas, de conversación llena de atractivo, llana, franca, dulce, de inteligencia muy viva. Martín gustó mucho de D.^a Carlota. Ella, en cambio, pareció confiarse á él; y con su autoridad de mujer y de mujer que ya se despedía de la vida, bastante cargada de años y muy cargada de experiencia y de penas que le hacían parecer más vieja, iba tocando todos los resortes de aquel corazón joven, probando sus conocimientos del mundo, como si quisiera educarle. De Esperanza se hacía caso omiso. A lo mejor ni estaba en la sala: allá dentro en el gabinetito de la esquina, se la oía jugar con la pequeña, la última hija de D.^a Carlota, una rubita que apenas tenía cuatro años, ó bien ensayar en el piano algún trozo de *salón*, arreglos de ópera casi siempre. Otras veces, venía á sentarse junto á su madre con la costura, y trabajaba sin levantar apenas los ojos de la tela, oyendo la charla continuada de Martín, cuya música le halagaba los oídos, pero cuyas palabras no entendía; gozándose en aquel embotamiento que le causaba la presencia del ser querido, allí, á dos pasos de ella, desenvolviendo en las conversaciones acerca de la sociedad, que originaba D.^a Carlota, todo el color y la luz de su oratoria espontánea, que

pintaba á grandes rasgos, y que subyugaba con aquel tono caliente y luminoso de sus imágenes, casi siempre claras, pero á veces aun más subyugantes con cierta vaguedad filosófica que él inconscientemente les daba.

La amistad se hizo íntima, sin quererlo quizás ni él ni ellas. Pero D.^a Carlota hubo de confesarse que la semana en que Martín no iba á visitarla, le faltaba algo á la buena señora.

Martín supo aprovecharse de esto, y protestando siempre de su miedo á importunar, fué introduciéndose en aquel *interior* de casa, satisfecho de haber encontrado algo de lo que era su ideal, sintiéndose allí como en familia, familia que él había de crear al cabo. Y lo que primero fué táctica galante, vino al poco tiempo á ser necesidad de su corazón. Su temperamento romántico de joven en quien predominaba el elemento emocional (base quizás de su carácter de poeta), encontraba libertad de desenvolvimiento en aquellas mujeres que le comprendían, le halagaban, le querían, en fin. El también las quiso. Sin pizca de fantasía ni novela (estaba seguro de ello), se acostumbró á considerar á D.^a Carlota como una madre, á la pequeña como una hermana... é hizo de ellas como un reflejo del hogar propio. Nada,

que las quería de veras. En cuanto á Esperanza... ¡Ah, Esperanza era su alma toda! En las conversaciones rápidas, temerosas, que tenían á hurtadillas de la madre, aprovechando un descuido, una llantina de Mercedes que había que apaciguar, desbordaba Martín todo el fondo de su carácter soñador, que gozaba de aquellas pequeñeces para él nuevas y con esto más aperitivas. Los dos se entregaban al cariño como á una cosa desconocida que les halagaba: y llevados del mismo afán y de igual curiosidad, desentrañaban poco á poco los goces múltiples de la unión de dos almas que pensaban acordes, se entendían con los ojos, temblaban en los choques de las manos y hacían, del acto de trasladar una flor del uno al otro, un misterio de algo malo, cuyo descubrimiento importaba ocultar.

Martín solía ir por las tardes. Y ya al anochecer, cuando faltaban luces en la sala y fuera se oía el rumor continuado de la gente que con el crepúsculo abandonaba sus tareas y buscaba el descanso, yendo precipitada en busca de las comodidades de la casa, era frecuente que saliesen al balcón. Esperanza subía despacio, emperezada, la persiana de listones verdes, casi colgándose de los tirantes, suspendiendo la operación veinte veces para

quedar fuertemente cogida, sosteniendo en el aire aquel varillaje combinado y reclinando la cabeza sobre los cordeles tirantes, para abismarse por un momento en la contemplación de la calle, animada con el continuo pasar de carruajes, del tranvía, de la gente que volvía de paseo ó de sus quehaceres. Martín, á su lado, erguido, con las manos en los bolsillos del pantalón, iba expresando sus impresiones á la vista de todo aquello; y su voz tomaba un timbre oscuro, apagado, como sofocado dulcemente por aquel olor de muchacha cuidada, el perfume suave de violeta que salía de aquel cuerpo y de aquellas ropas, ó el aroma fuerte, embriagador, de los claveles que Esperanza solía llevar en la cabeza....

D.^a Carlota no podía oírlos. Estaba dentro recogiendo la costura, disponiéndose á encender el *quinqué*. Y ellos aprovechaban aquel momento para gozar de su felicidad y aspirar, en los ruidos que subían de la calle, en el movimiento que allá abajo rodaba, todo el hábito de vida que despierta una ciudad populosa. El balcón no distaba más de un metro de la calle: de modo, que se podía tocar en la cabeza á los que pasaban. Esperanza, con el humor risueño, alegre, burloncillo, de una niña que empieza á ser mujer y se siente fe-

liz, pasaba revista á todos los transeuntes, forjaba comparaciones, hacía críticas, riendo *sotto voce*, volviendo hacia Martín su cara fresca, sonrosada, y aquellos ojos de mirada honda, profunda, deslumbrante....

El crepúsculo iba cayendo: ya no se distinguían con claridad los objetos á cierta distancia. Entonces empezaban á lucir los mecheros de *gas*, enviando á un círculo reducido su luz amarillenta, enfermiza, que apenas si reflejaba en los cristales de los balcones. De vez en cuando, pasaba la luz verde del tranvía, marcando un sector vivísimo sobre el polvo oscuro del arroyo.

Olvidándose de todos, mientras Esperanza ataba, por fin, la cuerda de la persiana á los hierros, cobrando valor en la semioscuridad que les rodeaba hablaban de su amor, maravillándose de las cosas que se les ocurrían, de los pensamientos nunca surgidos que de pronto aparecían con toda la brillantez deslumbradora de la intuición. Asombrados los dos, gozando de aquellos modos de ver la vida que nunca se les habían ocurrido (¿cómo, pues, si entonces empezaban á vivir?), hablaban atropelladamente, sin mirarse, y á veces permanecían pensativos, siguiendo en silencio el vuelo rápido, hasta las últimas consecuen-

cias, de las ideas que no sabían ó no se atrevían á expresar.

De pronto rompían el idilio Merceditas ó D.^a Carlota. Si era Merceditas, la cogía Martín, gozándose en estrujar aquellas carnes tiernas, bajo cuya piel de rosa corría una sangre tibia, joven.... La niña se dejaba acariciar, sintiendo que verdaderamente eran fiestas de cariño aquéllas; y en cambio, se enredaba con la cadena del reloj de Martín, ó le despeinaba el cabello, ó le daba de palmaditas en la cara; todo mezclado con medias palabras, la lengua estropajosa, primeriza, de nenita, que destroza el castellano, ó bautiza á su antojo las cosas.

Regularmente, Merceditas servía de punto de enfado para Esperanza. Martín, reventando de gozo, con la risa en los labios, la cara transfigurada, daba consejos á la pequeña para que no quisiera á su hermana.

—No la quieras, ¿eh?... Es muy mala, muy pícara. No te quiere tanto como yo. ¿Entiendes? A mí me has de querer sólo.

—No lo creas, nena, no lo creas,—replicaba Esperanza.—El malo es él. Ven á tu hermana. Déjalo, pégale.

La niña les miraba con sus ojitos vivos, asombrados, no sabiendo si tomar en serio la disputa.

—Que te digo que no,—seguida Martín estrechando á la niña.—Mira que no te he de comprar *nenés* (*nenés* eran estampas) si vas con esa.

—Sí, enséñela V. á que no me quiera,—decía Esperanza tomando á serio la broma.

—Pues es claro que sí. ¿No es verdad que no la quieres?

Y procurando cada cual la posesión de la niña, dejaban el balcón y corrían toda la sala con risas y pequeños gritos, hasta que D.^a Carlota imponía orden y había que volver á la formalidad.

A menudo, Martín prolongaba su visita una hora más; ó bien, si saltan, procuraba acompañarlas pretextando que él iba por el mismo camino. En la calle se hacía el serio, velando por la seguridad de la niña si es que la llevaban con ellos, procurando que no cayese, que evitase los coches. Sobre la cabeza menuda, inteligente, de Merceditas, parecían afluir y unirse los cariños de aquellos tres seres que se creían ligados toda la vida por una simpatía que se les impuso sin saberlo ellos mismos.

Sin embargo, este idilio debía tener un término. No habían contado con la huéspeda, es decir, con la sociedad, que reclama sus con-